6381

Ricardo Blasco y Luis París

MÁSCARAS

DRAMA

EN UN ACTO Y EN PROSA

POR

ROBERTO BRACCO

19

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1904

MÁSCARAS

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

MÁSCARAS

DRAMA

EN UN ACTO Y EN PROSA

POR

ROBERTO BRACCO

traducción española de

Ricardo Blasco y Luis París

Representado por primera vez con aplauso extraordinario en el TEATRO LÍRICO de Madrid, el 30 de Mayo de 1904

MADRID

G. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1904

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
AURORA (14 años).....	Sra.	Cob.
FRANCISCA, criada (55 ídem).....		Luna.
TERESA, mujer del pueblo (75 ídem).		Bagá.
LUIS (42 ídem)	Sr.	Morano.
PABLO (35 ídem)...		Viñas.
EL JUEZ.....		Ruiz Tatay
EL MÉDICO FORENSE...		Nieva.
EL ACTUARIO.....		Norro.
EL DELEGADO.....		Cernadas.

Un mozo de cuerda y una pareja de guardias de seguridad

ÉPOCA ACTUAL

Derecha e izquierda, las del actor

ACTO UNICO

Saloncito modestamente amueblado. Al foro puerta de ingreso á una alcoba, cubierta completamente por una pesada cortina. A derecha é izquierda otras dos; la de la izquierda conduce á las habitaciones interiores; la de la derecha á la escalera. Chimenea á la derecha primer término, y sobre ella reloj, y dos candelabros sin velas, etc. Un diván, una mesa-escritorio, butacón y sillas; un velador, y sobre él una gran copa ó tarjetero de metal, con periódicos y tarjetas. Ambiente de una casa de la clase media bien acomodada.

ESCENA PRIMERA

TERESA, luego FRANCISCA, EL JUEZ, EL MÉDICO, EL ACTUARIO y EL DELEGADO. Al levantarse el telón, Teresa compungida y llorosa está sentada en una silla baja junto á la puerta de la alcoba; reza sin levantar la voz, apoyando con un suspiro las primeras y las últimas palabras del rezo, persignándose de cuando en cuando, de manera que se comprenda que en la alcoba hay un cadáver

TER. *Requiem œternam dona ei Domine; et lux perpetua luceat ei. Requiescat in pace. Amen... Requiem œternam dona ei Domine; et lux perpetua luceat ei... Requiescat in pace... Amen. Requiem œternam dona ei, Domine.*

FRAN. (Dentro. Mientras se oye abrir con llave la puerta de la escalera.) Pasen, pasen ustedes; por aquí.

TER. ¡Por fin! *Requiescat in pace. Amen.*

FRAN. ¡Pobre señorita! ¡Pobre señorita! (Entra llevando en la mano dos velas, seguida del Juez, el Médico, el Actuario, el Delegado y una pareja de guardias, que permanecen en el corredor.) Pasen ustedes; por aquí... Muchas gracias, señora Teresa. (Deja las velas sobre el velador.)

TER. (Levantándose.) No hay de qué.. (Hace mutis trabajosamante rezando entre dientes.) Dios la tenga en gloria... *Requiem æternam...*

JUEZ (A Francisca.) ¿Quién es?

FRAN. No es nadie. La madre del portero.

JUEZ ¿Dónde está la interfecta?

FRAN. ¿Quién?... Señor... yo no sé... No sé cómo ha sido. Yo no sé nada.

JUEZ Pregunto por la suicida.

FRAN. En casa no hay nadie más: que se me salten los ojos si miento.

JUEZ Le digo á usted que dónde está la muerta. ¿Es usted sorda?

FRAN. ¡Ah, ya! La muerta .. Ahí dentro: en la alcoba. Para ella son estas velas. Yo la puse el crucifijo. (Entran todos en la alcoba.) Dios la haya perdonado. (Coloca las dos velas en los candelabros.) ¿Habrá muerto en pecado mortal?

JUEZ (Al Médico.) Mi querido doctor, ya que hemos tenido la fortuna de encontrarle, podemos adelantar las diligencias...

MÉD. Justamente tengo un enfermo en esta casa, en el segundo, y por eso entraba cuando ustedes bajaban del coche...

JUEZ Pues eche usted una miradita para comprobar la defunción y la causa aparente de la muerta, ínterin disponemos si ha lugar á la autopsia; sepamos si fué suicidio ópuede haber otras sospechas...

MÉD. Ya le he dicho á usted que conozco mucho á esta familia... He sido su médico... ¡Pobre mujer! Buena persona, pero exaltada; algo neurósica, como se dice ahora... Su marido es un hombre excelente. (A Francisca.) Diga, ¿estaba enferma la señora?

FRAN. ¡Cá, no señor! Mejor que yo. No se ha muerto de enfermedad: se ha muerto del veneno.

MÉD. Ya lo sé... ya nos lo ha dicho usted veinte veces. (Entra en la alcoba.)

JUEZ Hágame usted el favor, señor Delegado, de que no entre nadie... y que los guardias limpien la escalera de curiosos.

DEL. Voy. (Medio mutis.) ¿Y si viene gente de la familia?

JUEZ Que entre.

DEL. ¿Y los periodistas?

JUEZ Que nos dejen en paz... Que vayan luego al Juzgado... (El Actuario se sienta de espaldas al público ante la mesa-escritorio, y empieza á disponerlo todo para extender las diligencias. Francisca sigue colocando las velas en los dos candeleros.) Deje usted ahora eso, y diga su nombre y apellido.

FRAN. Francisca Gómez y García, para servir á Dios y á usía.

ACT. ¿Edad?

FRAN. Cuarenta años.

ACT. ¿Cómo cuarenta años? (Burlón.)

FRAN. Ponga usted cuarenta y uno.

ACT. Pongo cincuenta... y me quedo corto.

JUEZ Basta. ¿Dónde vive usted? ¿Dónde ha nacido?

FRAN. Vivo en casa de mis amos. Nací en mi pueblo...

JUEZ (Impaciente.) Vamos, sí, en las Batuecas.

FRAN. Donde usía mande...

JUEZ Bueno, adelante... Si no recuerdo mal, ha dicho usted antes que el marido de esta señora está fuera...? (Viendo que Francisca se dispone, después de encender una vela, á arreglar y encender la otra.) ¿Quiere usted dejar las velas en paz?

FRAN. Sí, señor. Sí, señor. Hace mucho tiempo. Pero le estábamos esperando en estos días. Ayer mismo me lo dijo la señorita. Casi siempre viene así, de repente, para darle una buena sorpresa á la señora.

ACT. (Escribiendo y repitiendo maquinalmente las últimas palabras.) A la señora ..

JUEZ Esta mañana la mandó á usted llevar dos cartas...

FRAN. No, señor, una.

JUEZ Antes dijo usted que dos.

FRAN. Una carta.

ACT. (Escribiendo.) Una carta...

JUEZ ¿A quién?

FRAN. Á la señorita Aurora, á su hija que está en el colegio. Se la dí yo misma á la Superiora... porque la señorita estaba en la clase, y no se la podía ver hasta las doce.

JUEZ Y luego, ¿cuándo volvió usted á casa?

FRAN. ¡Ay, señor! No quiero acordarme. Al abrir la puerta oí los quejidos. Entré corriendo y me encontré ahí á la pobre señorita, (Señalando á la alcoba.) revolcándose por el suelo como un perro y dando unos gritos, que parecía que quería echar el alma por la boca... —¡Socorro! ¡Paca, socorro!—gritaba. Estaba muy malita, y se me agarró á las rodillas que aquello era una compasión. A mí se me abrían las carnes de verla, y no sé cómo tuve fuerzas para echarla en la cama. La pobre quería hablar y no podía, por fin... ¡Ay, señor, parece que la estoy oyendo! me dijo: «Me he envenenado... Paca... tú siempre me has sido fiel... Ahí te dejo mi vestido de seda negro, el nuevo», y ya no pudo decir más... Le faltaba el resuello... se iba quedando fría, fría... y así se me quedó muerta la pobrecita entre los brazos. (Rompe á llorar.)

JUEZ ¿Recuerda usted bien? ¿No dijo nada más?

FRAN. Pobre señora... Nada más. ¡Pobre señorita!

JUEZ Vamos, vamos, adelante. Ya llorará usted luego.. ¿Y dígame usted?...

ESCENA II

DICHOS y LUIS

LUIS (Dentro, á gritos.) ¿Pero qué ha pasado? ¡Qué ha pasado! ¡No es posible! ¡No es posible!

FRAN. ¡Virgen del Carmen! ¡El señorito!

JUEZ (Rapidamente.) ¿Pero la señora sabía que llegaba hoy su marido?

FRAN. Mentiría si dijese que sí... (Al ver entrar á su

amo se dirige hacia él, pero se detiene como si la faltase el valor para hablarle.)

LUIS (Entra gritando, con los ojos fuera de las órbitas, se precipita hacia la alcoba, contenido á duras penas por el Médico, da un gran grito y luego, rechazado suavemente por el Médico, vuelve á salir. Con él ha entrado un mozo que, después de dejar en el suelo dos grandes maletas, se retira. Luis se detiene en medio de la escena como quien despierta de un sueño.—Pausa y silencio general, después como un loco.) ¡¡María!! ¡No!... ¡no es posible! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué ha pasado? ¡Cuánta gente en mi casa!... ¿Quién es esta gente? ¿Qué es esto? (A Francisca.) Y tú, imbécil, ¿qué dices? ¿No dices nada? ¿Eres tú quien ha llamado á toda esta gente?

JUEZ Cálmese usted, caballero. Yo soy el Juez de guardia. (Afectuosamente.) Se trata de una desgracia irreparable... por muerte violenta... de un envenenamiento y á pesar nuestro, debemos intervenir y causar á usted molestias que usted nos perdonará... (Pausa.) La pobre muerta...

LUIS (Mirándole fijo, como sin comprender, con apagada voz.) ¿La pobre muerta! (Después con entonación casi infantil.) La pobre muerta... ¡No! ¡no!... ¡es imposible! ¿Envenenada?... ¿y por qué? ¡No! ¡no! (Lanzándose dentro de la alcoba.) ¡María! ¡María! (Se sigue oyendo dentro, con voz sofocada hasta que estalla en llanto.) ¡María! ¡María! ¡Ah! ¡Ah! (Gran pausa.)

JUEZ Pobre hombre...

MÉD. ¡Ya, ya, qué desgracia! (El Juez, el Médico y el Actuario de espaldas á la puerta de la alcoba forman un grupo que guarda respetuosa y reservada actitud.)

JUEZ ¿De modo, doctor...?

MÉD. No cabe duda, me parece indudable que se ha envenenado con arsénico. Todavía queda algo en este frasco (Entregándolo al Juez.) que me he encontrado encima de la mesilla de noche... ya analizaremos los restos... Además he hecho un rápido reconocimiento del cadáver.

JUEZ ¿Y qué? (Francisca se dirige á la puerta de la izquierda á gimotear con el Delegado.)

MÉD. Nada notable... A menos que no le parezca á usted digno de mención que la desgraciada estaba en cinta... de cuatro ó cinco meses á lo sumo. (Francisca al oir las últimas palabras hace un gesto de contrariedad y se acerca de nuevo.)

JUEZ Siempre es digno de tenerse en cuenta en el sumario. ¿Está usted bien seguro?

MÉD. Puedo afirmarlo francamente.

FRAN. A mí me parece...

MÉD. A usted no le preguntan ahora.. (Se separa Francisca contrariada.)

ACT. (Al Médico.) ¿Prefiere usted escribir ó dictar?

MÉD. Escriba usted; yo firmaré. (Siempre volviendo la espalda á la puerta de la alcoba, se acercan el Juez y el Médico á la mesa é inclinados sobre ella comienza éste á dictar su declaración á media voz. El actuario repite los finales de párrafo. El Delegado y Francisca junto á la puerta de la izquierda reanudan su conversación. En este momento, Luis, sin ser visto, entra en escena con los ojos enrojecidos, descompuesto, y se deja caer sobre una silla junto á la puerta de la alcoba, embrutecido por el dolor.)

MÉD. (Dictando.) Por el arsénico... Punto y aparte... Pudiendo observarse además...

ACT. Además...

MÉD. Los signos ciertos de su estado interesante de cuatro ó cinco meses.

ACT. Cinco meses...

LUIS (Como volviendo á la razón al oir; con sobresalto.) ¡Ella! (El Juez y el Médico se vuelven hacia él rápidamente. Luis, recobrando todo su imperio sobre si mismo y con angustia mortal fingiendo no experimentar otra emoción que la de su dolor.) ¿Decía usted que mi pobre mujer?...

MÉD. La desventurada se lleva consigo un hijo. Valor, amigo mío.

LUIS (Estrechándole la mano.) ¿Y... está usted bien seguro? Gracias.

MÉD. Calma, calma.

JUEZ Crea usted que siento muchísimo importunarle en estos momentos, pero es necesario; tendrá usted que darme algunos datos...

LUIS ¡Yo! ¿Pero qué tengo yo que decir? ¿Pero por qué ha de venir gente extraña aquí, á

mi casa, á ofenderme, á rebuscar entre mis dolores los secretos de mi familia? (Como alucinado.) ¿Por qué? ¿Por qué?... ¡Déjenme ustedes en paz! ¡Sólo... sólo!

JUEZ (Con cortesía) Tranquilícese usted. No hemos venido para ofenderle ni para mortificarle. Su justo dolor le extravía... Estamos aquí de oficio. Las leyes así lo exigen y á usted le interesa más que á nadie averiguar la verdad de lo ocurrido... ¿No tiene usted una habitación independiente en donde pudiéramos terminar con rapidez estas diligencias?

FRAN. Sí, señor... el despacho; entren ustedes por aquí.

JUEZ Pronto acabamos. (Al Médico.)

MÉD. Firmaré y me voy. Tengo mucho que hacer. (Firma su declaración y vase.)

JUEZ Vamos...

FRAN. Allí en el pasillo; pasen ustedes. (Entran por la segunda izquierda.)

ESCENA III

FRANCISCA. LUIS

LUIS (Apenas ve salir á los otros personajes.) ¡Paca!

FRAN. ¡Señor!

LUIS Acércate... ¿Qué ha pasado aquí?

FRAN. Yo no sé, señorito.

LUIS ¿Qué ha ocurrido en estos días?

FRAN. Nada... que yo sepa...

LUIS ¿Y mi hija?

FRAN. ¿La señorita? En el colegio. La señora iba á verla como siempre, todos los domingos...

LUIS ¿De manera que en los ocho meses, fíjate bien, en los ocho meses que hace que yo falto de aquí, tú no has notado nada... nada de particular?

FRAN. Nada.

LUIS ¿Y esta mañana antes de... no has sospechado?

FRAN. Si yo hubiese estado en casa...

LUIS ¿No estabas?

FRAN. No, señor.

LUIS ¿Dónde fuiste?

FRAN. A llevar una carta al colegio de la señorita.

LUIS ¿Habrá tenido valor para escribirla?... ¡A su hija!... ¿Y tú has llevado semejante carta?

FRAN. ¿Y yo qué sabía!... Cuando estaba escribiendo bien tranquila estaba...

LUIS ¿No sabes si ha escrito más? (Pausa.) Responde.

FRAN. No sé... Yo no podía meterme á fisgar en sus papeles.

LUIS ¡Ya, ya! Pero como dices que no has llevado más que una... ¿Cuántas cartas te dió?

FRAN. Una... para el colegio. (Recelosa.)

LUIS *Una*... ¿para el colegio? y... *otra* ¿para quién? Habla... habla; hay que sacarte las palabras con tenazas, ¿para quién?

FRAN. Para don Pablo, para su socio de usted... ¿Qué mal hay en ello?

LUIS (La impresión que ha recibido durante la última respuesta de Francisca es compleja. Primeramente el nombre de su socio no le hubiera sugerido ninguna sospecha si la criada no se hubiese turbado, queriendo enmendar su torpeza con la última frase: ¿Qué mal hay en ello? Luego, como si la idea se incrustase en su cerebro.) ¡A Pablo? (A Francisca vivamente.) ¿Y por qué no querías decírmelo?

FRAN. ¿Yo?

LUIS Tú, sí; ¿por qué me lo ocultabas?

FRAN. Creí que...

LUIS ¿Qué creías? ¿Qué creías?

FRAN. A veces se figura una... pero le juro á usted que soy inocente.

LUIS (Después de breve pausa.) ¡No querías decírmelo! (Pausa.)
¡Pablo!

FRAN. (Atemorizada y queriendo marchar.) Con su licencia voy á ponerle estas dos velas que he comprado, porque aquí no quedaba ni media.

LUIS Oye.

FRAN. Mande usted.

LUIS (Con furia reconcentrada.) Vete de esta casa y no vuelvas á poner aquí los pies.

FRAN. ¿Y yo qué he hecho?... ¿Por qué me despide usted? Soy inocente. Soy una pobre criada.

LUIS Calla, no grites... Yo no te despido, ¿entiendes? Dirás que te vas por tu gusto. Te pago tres meses de salario, pero... ¡vete!

FRAN. Si se empeña usted me iré.

LUIS (Convulso, misteriosamente, saca de la cartera billetes y se los da.) Toma... y largo de aquí.

FRAN. (Sollozando.) Pero antes de irme quiero volverla á ver... y además voy á coger *dos* vestidos que me ha dejado... porque siempre la fuí fiel... son sus últimas palabras... ¡Pobre señorita!

LUIS ¿La fuiste fiel?... ¡Oh! Llévate, llévate los vestidos. ¡Llévatelo todo! ¡Pero ten cuidado! No hables nunca con nadie de ella ni de mí. (Con ira.) ¿Comprendes? ¡Vete! (Francisca entra en la alcoba. Sobre el velador queda un candelabro con la vela encendida.)

ESCENA IV

LUIS, solo

(Al quedar solo, mira alrededor suyo para cerciorarse de que nadie le ve, y se dirige al escritorio, que registra escrupulosamente cajones, legajos de papeles, carpeta, etc. Vuelca el cesto de papeles y rebusca sobre la mesa.) ¡Nada! (Revuelve las cenizas de la chimenea y recoge algunos pedacitos de papel medio quemados.) Su letra... (Reflexionando.) Cartas devueltas y quemadas... (Leyendo trabajosamente.) «Yo... verdadero... si tu... alguno...» Nada... (Con desaliento.) ¡Nada! (Moviendo la cabeza como si siguiera diciendo: «nada, nada.»)

ESCENA V

AURORA y **LUIS**. Aurora palidísima, con los ojos llenos de lágrimas, permanece un momento sin que la vea su padre en el dintel de la puerta de ingreso, temiendo interrogarle é interrumpirle en su dolor. Por fin, en voz muy baja, se decide

AUR. ¡Papá!

LUIS (Sobresaltado, esconde los pedazos de papel maquinalmente, y al ver á su hija, corre hacia ella.) ¡Aurora!

AUR. (Arrojándose en sus brazos, llorando á gritos.) ¡Papá! ¡Papá! (Abrazados estrechamente.) ¿Conque es cierto? (Luis la besa muchas veces con infinita ternura. Pausa.)

LUIS (En voz baja.) Sí, hija mía...

AUR. ¿Pero cómo, cómo ha podido?... ¡Papá! ¡Papá mío! ¡Quiero verla!... ¡Quiero morirme también!... (Llorando convulsa.)

LUIS ¡Hija mía de mi alma, ten valor, por caridad!... ¡Piensa en que solo me quedas tú en el mundo!

AUR. ¿Dónde está? ¿Dónde está mi madre? ¡Quiero verla!

LUIS No, hija mía; no podrías resistir.

AUR. No importa. Si me muero será mejor... ¡Déjame verla!..

LUIS No, Aurora, no; obedéceme. (Con vivacidad severa é inconsciente.) ¡No quiero que la veas!

AUR. (Asombrada.) ¿Pero es posible! ¿No me dejas que la dé un beso? ¡El último! ¿Quieres prohibirme que llore á su lado, diciéndole tantas cosas?... (Llora.) ¡Tantas cosas!...

LUIS ¡Es preciso!

AUR. ¡Déjame!..

LUIS (Sujetándola.) ¡No!

AUR. ¿Está allí?... (Señalando la alcoba.) Te prometo que tendré fuerzas.

LUIS Es inutil.

AUR. Pero no ves que así es peor.

LUIS Aurora ¡por Dios! obedéceme.

AUR. No, papá, perdóname pero no puedo obede-

certe. (Desprendiéndose rápida de sus brazos se lanza hacia la alcoba.) ¡Déjame!

LUIS (Interponiéndose con solemnidad y violencia.) ¡No entrarás!

AUR. (Cayendo de rodillas.) ¡Ah! ¡que suplicio! ¡que tormento! (Pausa.)

LUIS (Levantándola suavemente y despacio, muy despacio separándola de la puerta.) Hija... Aurora...

AUR. (Casi desmayada.) No sé... no comprendo... Porque me niegas este consuelo... ¿por qué?

LUIS (Con gran ternura.) No me preguntes, hija mía adorada. No me preguntes nada... y respeta ciegamente lo que me devora el alma... Ten piedad de mí. (Con voz ahogada por las lágrimas.) Ten compasión de tu padre que te consagrará su vida entera. (Pausa.) Ven ahora; vamos á tu cuartito... Descansa... Llora si quieres... y procura, mientras, «no pensar» en nada. (Llevándola casi en brazos.)

AUR. (Con el aliento mas que con la voz.) No... no pensaré... y esperaré. (Entran ambos por la derecha.)

ESCENA VI

FRANCISCA, después PABLO. Francisca asoma por la puerta de la alcoba y, viendo que no hay nadie, atraviesa la habitación, dirigiéndose á la puerta de salida. Lleva puesto un chal de lujo y en el brazo varios vestidos de distintos colores. Al salir tropieza con Pablo

FRAN. ¿A qué viene usted?

PAB. (Con extraña mezcla de estupor doloroso y audacia.) ¿A qué? ¿No fuiste tú quien me llevó la carta?

FRAN. Ha llegado el señorito... (Con misterio.)

PAB. ¿Luis?... (Tomando su partido.) Bueno. Pues es natural que, estando él ausente, la pobrecita me haya escrito... y es más natural (Convenciéndose á sí propio.) todavía, que yo venga.

FRAN. Sospecha...

PAB. ¿Estás segura?

FRAN. Segurísima. (En este momento aparece Luis en la puerta de la derecha. Francisca, al verle, se desliza

hacia fuera y desaparece. Pablo se domina rápido y con la mano tendida se dirige hacia Luis.)

PAB. ¡Oh! ¡Luis!

ESCENA VII

PABLO y LUIS

LUIS (Sin coger la mano que le tiende Pablo y disimulando mal.) Has hecho bien en venir. (En todo el diálogo se advertirá la tensión nerviosa del mutuo fingimiento y las miradas expresarán mejor que las palabras sus respectivas emociones.)

PAB. Ya comprenderás... Me ha escrito y...

LUIS Lo sé.

PAB. Y la fatalidad ha querido que yo no estuviera en mi casa cuando llegó la carta que me acaban de llevar ahora al escritorio... Por eso vengo... Sin ese funesto retraso, ¡quién sabe si yo hubiera podido llegar á tiempo!...

LUIS Lo extraño es que para mí no haya tenido ni una palabra...

PAB. Como te creía en viaje...

LUIS ¿Y qué? Además, ya le había avisado mi llegada para hoy ó mañana...

PAB. No habrá tenido fuerzas. Le habrá faltado valor para escribirte... y... por eso se ha dirigido á tu amigo más íntimo, á tu compañero, á tu socio, á tu...

LUIS (Interrumpiéndole.) ¿Qué te ha escrito?

PAB. Dos líneas..

LUIS ¿Diciendo?

PAB. Que se sentía tan desgraciada... Que consigo llevaba á la tumba un secreto fatal... y que... os pedía perdón á tí y á su hija.. Por último, me recomendaba que no te abandonase en este trance... que te acompañase...

LUIS (Con voz sorda y reconcentrada cólera.) Conozco su secreto...

PAB. ¿Qué?

LUIS Estaba en cinta...

PAB. (Comprendiendo que no puede eludir las sospechas de Luis.) ¿Cómo sabes?...

LUIS (Con alteración espantosa de su fisonomía.) El médico forense lo certifica...

PAB. ¡Lo certifica!...

LUIS En cinta de cuatro ó cinco meses... (Con entonación cada vez más amarga.) ¡Luego tenía un amante!... y mientras yo andaba por esos mundos, trabajando, dejándome la vida en pedazos... ¡por ella!—Nadie mejor que tú sabe lo que yo he sufrido en este tiempo.—Aquí un malhechor infame me robaba mi hogar, mi dicha, la paz de mi alma...

PAB. Es horrible.

LUIS ¡Sí es horrible, Pablo! ¡Hay que buscar ese hombre!... (Pausa.) ¡Tú me ayudarás! (Acercándose casi á su oído.) ¿Sabes por qué debes ayudarme tú?

PAB ¡Oh! porque... porque sé comprenderte... porque soy tu hermano... porque sé secundarte... porque debo calmarte .. tranquilizar tus nervios...

LUIS (Conteniéndose.) Eso, eso es... Tienes razón... Por eso. (Pausa.) Es indudable que la causa del suicidio debe estar ligada con su culpa. Busquemos, busquemos juntos un indicio.. algo. Sabemos que ha escrito dos cartas. Una á la niña... otra á tí... Dámela... quiero leerla. Empezaremos por ahí. Leámosla juntos...

PAB Imposible... no la tengo... me la he dejado en casa.

LUIS No puedes haberla dejado en tu casa, porque como no estabas te la enviaron al escritorio y desde allí has venido directamente.

PAB. Pero ¿por qué te iba á engañar?

LUIS Eso digo yo. ¿Por qué? No lo sé. . Dámela.

PAB. Te aseguro que no la tengo... Te diré la verdad... la he roto... habré hecho mal, pero, ¿qué quieres? Fué un impulso... no sé...

LUIS (Con calma.) Pablo... Una carta de... esas, no se rompe... y ¡tú no la has roto! (Con violencia amenazadora.) ¡Dámela!

PAB. ¡Luis!

LUIS ¡Dámela! (Agarrándole por la americana y desabrochándosela de un tirón.) ¡Dámela ó.. te la arranco por fuerza!

PAB (Cruzando los brazos con desesperación para impedir que le saque la carta.) ¿Qué haces?

LUIS (Retrocediendo y dominándose.) ¡Nada!... (Pausa.) El dominio de una carta es sagrado... y lo respetaré. No temas... Lo respetaré... tanto más, que ya nada me queda por saber. (Mira alrededor suyo y después acercándosele con voz sorda.) ¡El malhechor miserable... eres tú! ¡Sí! ¡Tú! Tú.

PAB (Casi sin voz.) ¡Luis!

LUIS Sí, miserable, astuto, refinado... Pérfido que supo romper poco á poco, sin violencias, los vínculos de la esposa y de la madre... De una madre que adoraba tanto á su hija, que había jurado concentrar en ella todo el amor, todos los deberes juntos. Vivía conmigo, como una compañera, ¿comprendes?... como una amiga leal, y juntos ella y yo, sacrificábamos á esa hija todo... todo... hasta el amor conyugal... ¿Lo entiendes? ¿Y tú? ¡tú! ¿has conseguido que nos haga traición? ¡Al padre y á la hija! ¡A los dos! ¡Grande, maravilloso malhechor!

PAB. ¡No es cierto!... No tienes pruebas... (Sin saber lo que dice.)

LUIS Te denuncias tú mismo...

PAB. ¿Yo...? En cambio te demostraré... que tus sospechas son injustas...

LUIS ¿Cómo?... ¡Habla! Defiéndete... ¿cómo?... Defiéndete ..

PAB (Aturdido.) Mal podía tener relaciones con ella... cuando voy á casarme... Sólo esperaba tu regreso para...

LUIS ¡Ah, canalla!... Al fin lo has dicho todo. (Pausa.) ¿Te vas á casar?... Al fin digiste la verdadera causa de la catástrofe. ¡Dios mío! ¡Y yo que había creído que el arrepentimiento, la vergüenza del pecado flagrante la habían arrojado hasta la muerte!... ¡No me queda ya ni esa triste ilusión! ¡Mi último consuelo!... Es evidente, brutalmente claro (Sollozando siniestramente.) que al saber mi regreso, resolvió morir, porque había perdido toda esperanza de recobrarte... ¡Ah! Si tú no

la hubieses abandonado para casarte, aún viviría, y con ella vuestro delito... Ya no era yo nada para esa mujer... ¡todo! lo eras tú, ¡tú! (Animándose, amenazador.) Y ahora, ¿qué hago? ¿Vengarme?... ¿De quién?... ¿De tí? Claro, de tí... Podría matarte, ¡así! (Cogiéndole para ahogarlo.)

PAB Mátame... será mejor...

LUIS (Paralizado al oirle, después con terror de alucinado.) ¿Y después, qué?... La justicia, todos, me absolverían... pero mi pobre hogar sería la casa del crimen después de ser albergue del adulterio, y yo continuaría siendo un ente ridículo y un homicida... ¡Y mi hija, mi hija! ¡Me siento enloquecer!... ¡Hija mía! ¿Y la he impedido ver á su madre muerta? ¿Por qué? ¡Si por ella no te mato! ¡Si sólo por ella temo el escándalo! ¡Si solo por ella, por ella, no quiero ser homicida!... (Con sobrescitación morbosa, casi discutiendo.) ¡No, no!—Debe ignorarlo todo.—No debe saber jamás que su padre fué ultrajado, ¡que tuvo derecho para matar...! y, sobre todo, debe ignorar siempre «quién fué y qué hizo» su madre... (Lúgubre y resuelto.) ¡Y así será! No puede sustituirse una madre, más que con la adoración de su memoria... ¿Fué perversa?... ¿Qué impórta? Se inventa otra; se falsifica su recuerdo como se falsifica todo. ¡Así será!... ¡Y esa mujer después de muerta y enterrada mentirá mejor que cuando estaba viva! (Pausa. Sordamente.) ¿Le has restituido todas sus cartas?

PAB (Con voz imperceptible.) Todas.

LUIS ¿Y la última?... ¿Esa?... (Mirándole intensa, sugestivamente. Pablo, sin poder sustraerse á la imperiosa voluntad de Luis, como obedeciendo á fuerza superior, saca del bolsillo interior una carta y al mismo tiempo que con la mirada le pide el permiso piadoso para no dársela, se la alarga.)

PAB. Aquí está... (Con sorda voz, casi con el gesto.)

LUIS No; no quiero; no puedo... ¿y tus cartas... las has recogido?

PAB. (Sin mirarle, en voz muy baja.) No... Me rogaba que viniese por ellas.

LUIS ¿Sabes dónde están?

PAB En su cuarto.

LUIS ¡Búscalas! (Pablo retrocede.) ¡¡Búscalas!! (Imperioso, con la voz y con el gesto. Pablo avanza lento hacia la alcoba sin poder ocultar su terror á la muerte y con un esfuerzo entra. Luis, contemplando con íntima feroz complacencia vengadora, va siguiéndole con la vista lívido, tembloroso. Cuando Pablo va á salir, retrocede y se aleja. Pablo, vuelve á entrar llevando en la mano un paquete y la carta de antes. En su rostro se refleja la impresión horrenda del espectáculo que se ha visto precisado á contemplar. Luis, venciendo la repugnancia que siente, coge el paquete y la carta, que acerca á la llama de una de las velas que Francisca dejó encendidas y lo deja caer todo, ardiendo, sobre la copa de metal que hay en el velador.) Ahora, escúchame bien. Ante el mundo y ante esa criatura inocente, (Por Aurora) seguiremos siendo amigos... (Con siniestra sonrisa.) hermanos... ¿Comprendes? La infamia que cometísteis, nos unirá, por siempre, en un odio misterioso... La sociedad mercantil que nos unía reforzada por este otro contrato, será más floreciente... (Solemne.) y sobre todo lo ocurrido, ¡eterno silencio!... ¡silencio! ¿Comprendes?

PAB Sí... (Más con el gesto que con la voz.)

LUIS ¿Estás contento? Seremos cómplices... como si se tratara de un delito... ya ves ¡yo! ¡cómplice tuyo!... ¡no te extrañe! ¡Yo soy quien te necesita! (Contemplando la copa donde arden, retorciéndose, los papeles hasta que sólo quedan vestigios.) Ya no hay nada. Todo se arregla facilmente. ¿Ves? (Arroja las cenizas á la chimenea.) Para ella la muerte... para las pruebas, las llamas... Al juez que espera, la mentira... ¡Ya está liquidada la monstruosidad!... (Sollozando.) ¡Ah! ¡ah! ¡ah! hemos salvado el decoro, la paz, la felicidad, la piel y hasta los negocios... ¡Y ahora, las máscaras... la comedia empieza! (Pablo se deja caer en el divan, con la cabeza entre las manos. Luis, con falsa energía, sale por la derecha llamando.) ¡Aurora!... ¡hija mía!

ESCENA VIII

DICHOS, EL JUEZ, EL ACTUARIO y AURORA. Entran el Juez y el Actuario por la izquierda, Luis sosteniendo por la cintura á Aurora, que solloza

JUEZ — Con permiso, señores...

LUIS — (Con gran ternura.) Anda, hija mía, vé; perdóname. Estaba loco, loco, ¿sabes?... No sabía lo que me decía... Olvídalo. Vé á llorar junto á tu madre... ¡Dile... lo que puedas... decirle! (Llorando ya sin poder contenerse la acompaña hasta la alcoba, abriendo sus puertas. Dentro sólo se distingue el reflejo de la vela encendida.

AUR. — Ven tú también. (Se deja caer inerte en el dintel.)

LUIS — Sí... voy... voy...

JUEZ — Amigo mío, dejamos á usted... Pero antes es preciso que tenga la bondad de firmar estas diligencias, sin perjuicio de ampliar otro día su declaración en el Juzgado. (El Actuario se inclina ante la mesa para escribir. Pablo se levanta.) Necesitamos llenar un hueco... Dígame...

LUIS — Lo que usted quiera. (Con serenidad fingida)

PAB. — Yo me voy...

LUIS — No; hazme el favor de quedarte; no te vayas aún.

JUEZ — ¿Cuánto tiempo hace que estaba usted ausente...?

LUIS — ¡Ah! sí. ¿Cuánto tiempo?... No sé... estoy trastornado... ¿La última vez que me fuí?... ¿cuánto tiempo hace? ¿recuerdas tú? (A Pablo.)

PAB. — (Comprendiendo) Hace... cuatro meses... (Con apagada voz.)

LUIS — Eso... eso es... cuatro meses...

JUEZ — (Al Actuario.) Escriba usted. (Buscando en las diligencias.) Aquí; más arriba. Lea usted...

ACT. — (Escribe y después lee.) «Después de cuatro meses de ausencia», etcétera, etcétera...

JUEZ — No; todo el párrafo; clarito y sin etcéteras; para que lo firme...

ACT. — (Pacientemente.) «De regreso, después de cuatro meses de ausencia, ocupado en sus negocios mercantiles...» (Telón rápido que debe cortar la frase.)

FIN DEL DRAMA

Los ejemplares de esta obra se halla
de venta en todas las librerías.

Será considerado como fraudulent
todo ejemplar que carezca del sello d
la *Sociedad de Autores Españoles.*

Precio: DOS pesetas